
Dos órdenes de conocimiento y un único camino «Conocimiento en la encíclica *Fides et Ratio*»

José Roberto Arango L., S.I.*

RESUMEN

En la encíclica Fides et Ratio se plantean dos órdenes de conocimiento: el propio de la razón humana y el peculiar de la fe. Estos dos órdenes se interrelacionan. La razón necesita de la fe para conocer a fondo la realidad que no es solo facticidad. La fe necesita de la razón como medio de encarnación en la realidad humana de manera que sea realmente respuesta a la necesidad de sentido. Se expresa así la unidad de la verdad, natural y revelada, pero aún se mantiene una cierta timidez al sacar sus consecuencias, pues se afirma que el conocimiento filosófico se mueve a la luz de la sola inteligencia. ¿No sería consecuente con la unidad de la verdad afirmar que ya en el trabajo filosófico está operando la gracia, aunque no haya llegado el momento de la fe? En otras palabras, si bien existen dos órdenes de conocimiento, sólo nos es ofrecido un único camino en el cual desarrollar ambos para ir aproximándonos a la verdad plena: la historia y realidad humanas.

* * *

Conocer es una acción que realiza el hombre. Su objeto es *la verdad*, que es *Dios* mismo. Pero este *conocimiento* de Dios, más el *amor* a Él, termina por capacitar al hombre para «alcanzar» la verdad plena sobre *sí mismo*. En definitiva, el conocimiento del hombre tiene como objeto a Dios y a sí mismo y está necesariamente

* Sacerdote jesuita. Licenciado en Sagrada Escritura (Pontificio Instituto Bíblico, Roma). Decano del Medio Universitario de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Profesor de Historia Crítica de Israel y de Profetas, en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá.

acompañado del amor. Ahora bien, ese conocimiento de la verdad tiene en su origen el impulso del *deseo puesto por Dios* en el corazón (FR, Preámbulo; cfr., FR 17, 71a).

La moción del hombre a conocer la verdad surge desde sus entrañas y se dirige hacia un objeto que al mismo tiempo está en el origen de ese conocimiento: Dios y él mismo. El deseo del hombre por conocer la verdad puede ser considerado divino. No es, pues, una actividad meramente intelectual sino que implica en el hombre sus sentimientos, afectos y actitudes consecuentes con ellos.

En efecto, en el origen del camino emprendido por el hombre a impulso del deseo divino en su interior, está, no un razonamiento, sino una experiencia: el *asombro* y la *sorpresa* por hallarse en medio de una creación en donde se encuentra con otros con quienes comparte un destino (FR 4a).

El *conocimiento de sí mismo* y de la *realidad* dentro del horizonte de la autoconciencia personal urgen al hombre a preguntarse por el sentido de las cosas y de la propia existencia. El camino del conocimiento de la verdad, es decir, de lo que da sentido a la vida (cfr., FR 3, 20, 26), tiene como primer paso el «conócete a ti mismo» (FR 1a) y es complementado por el segundo paso conformado por la acogida en la fe de la revelación.

Se plantean, pues, dos órdenes de conocimiento:

1. El propio de la *razón humana*, que conoce por razón natural y que puede por sí misma llegar hasta el Creador (FR 8, 19). Es el conocimiento filosófico que se apoya en la percepción de los sentidos y de la experiencia, y se mueve a la luz de la sola inteligencia (FR 9).

En este orden, el conocimiento de Dios por la razón es fragmentario y limitado. Sin embargo, la fe permite a la razón penetrar en el misterio de la revelación y favorecer su comprensión coherente.

La encíclica ve en la filosofía un medio para progresar en el conocimiento de la verdad, pues contribuye a formular la pregunta por el sentido de la vida y a trazar la respuesta (FR 3). Más aún, aprecia como patrimonio espiritual de la humanidad el conjunto de conocimientos filosóficos elaborados por la razón (capacidad especulativa de la inteligencia humana) (FR 4b,c), y ve en la filosofía un camino para conocer verdades fundamentales relativas a la existencia humana (FR 5a). Este camino de conocimiento lo entiende la encíclica como actividad de la razón y lo valora en sí mismo. Todavía más, reconoce en la filosofía moderna el mérito de haberse *concentrado en el hombre* y a partir de allí haber desarrollado su *deseo* de conocer cada vez más y más profundamente (FR 5b).

2. Otro orden es el conocimiento *peculiar de la fe*, que expresa una verdad basada en el hecho mismo de que Dios se revela (FR 8). En este orden se conoce por fe divina los misterios escondidos en Dios revelados para creer. La fe se funda en el testimonio de Dios y cuenta con la ayuda sobrenatural de la gracia (FR 9).

Este tipo de conocimiento, el que propone la Iglesia, no proviene de la especulación propia sino de acoger en la fe la palabra de Dios. Se trata del *conocimiento de Dios*, culmen de todo otro conocimiento verdadero sobre el *sentido de la existencia*. Este conocimiento se da en un encuentro de Dios con el hombre por iniciativa divina (encarnación), encuentro en el cual se revela el misterio de Dios y del hombre mismo (FR 7).

El conocimiento de la verdad de la revelación cristiana en Jesús de Nazaret permite a todos acoger el misterio de la propia vida. Esa verdad respeta la *autonomía de la criatura* y le permite abrirse a la trascendencia. Más aún, respeta su libertad (FR 15a).

Tal verdad, cuyo conocimiento aporta la revelación, es gratuita, genera pensamiento y exige ser acogida como expresión del amor. No es fruto del pensamiento elaborado por la razón (FR 15b).

Ahora bien, estos dos tipos de conocimiento están profundamente vinculados (cfr., 16a). El mundo todo se debe ver con los medios de la propia razón sin que la fe sea extraña a ese proceso, pues ésta muestra que Dios actúa visiblemente en él. Más aún, esta confesión de fe hace *conocer a fondo el mundo* (FR 16d, cfr., 18a) y es garantía de un conocimiento completo (FR 18b) y verdadero, pues implica la apertura al misterio que le viene al hombre de la revelación, que permite a la razón entrar en el ámbito de lo infinito (FR 21a; cfr., 22). Pero también es cierto que para un conocimiento más profundo del misterio del hombre, la investigación científica tiene un valor positivo (FR 61b).

La revelación pone reglas de fondo a la razón:

- El conocimiento humano es un camino sin descanso.
- En ese camino no todo es fruto de conquista personal.
- La razón debe reconocer la trascendencia humana de Dios y su amor providente en el gobierno del mundo (FR 18b).

Al mismo tiempo, para acoger la revelación es necesario un conocimiento natural de lo que puede ser conocido por ese medio (FR 75c). Así, pues, la filosofía debe buscar el fundamento natural del sentido último del hombre y del mundo que revela la palabra de Dios (FR 81d).

En conclusión, la encíclica plantea dos órdenes de conocimiento pero un único camino. El objeto último del conocimiento es la verdad, lo que da sentido a la existencia. Ese proceso de conocimiento tiene como objeto material las cosas creadas, el mundo y el hombre, lo cual es también objeto de la revelación divina (FR 66c).

El hombre con su razón natural, pero impulsado por un deseo de conocer que Dios ha puesto en su interior, escruta ese objeto material, reflexiona sobre él, lo investiga y trata de profundizar en toda la realidad humana. Yendo de camino, siempre y cuando la razón tenga como presupuesto que la realidad y la verdad trascienden lo fáctico y lo empírico, el hombre experimenta el encuentro con la dimensión trascendente y metafísica, para cuyo conocimiento está capacitado de forma verdadera y cierta, aunque imperfecta y analógica (FR 83a).

Es allí, en ese mismo escenario de la historia en que se conoce la verdad, si bien como superior a la historia misma (FR 95b), donde el segundo orden de conocimiento, el de la fe y la revelación, viene a aportar. La fe no cae en el vacío de la sinrazón. El primer orden de conocimiento ha preparado el terreno de las cosas creadas del mundo y del hombre, al abonarlo con la búsqueda exigente y autónoma de la razón y al extraer de él todo lo que le va proporcionando como razonable y lleno de sentido, hasta el momento en el cual se encuentra con los límites propios de sus instrumentos de trabajo. Es entonces cuando el conocimiento de la fe propone la verdad de Jesucristo para que ella sea simplemente acogida en ese encuentro de la razón y la revelación como la respuesta profunda a la necesidad de sentido experimentada en todo el camino del conocimiento y que sólo pudo ser preparada, pero no adquirida plenamente por vía intelectual.

Así, pues, los dos órdenes se topan, interrelacionan y complementan. La razón sin la fe no llega a un conocimiento de fondo de la realidad que no es sólo facticidad. La fe sin la razón no tendría cómo encarnarse en la realidad humana para ser verdaderamente respuesta a la necesidad real de sentido y de experiencia de la verdad.

Lo anterior plantea una problematicidad que esbozo a continuación.

La encíclica habla desde el punto de vista de la razón creyente. Cuando habla del aporte del mundo bíblico a la teoría del conocimiento (FR 16ss), concluye que el conocimiento adecuado de sí mismo, del mundo y de Dios se logra en un camino en donde fe y razón van estrechamente vinculados (cfr., FR 16d). Esta afirmación es clara para quien es creyente, como lo era el hombre bíblico. Pero para muchos hombres modernos no lo es. Tampoco es legítimo exigirle a la razón en general que

cumpla la regla que le impone la revelación: reconocer la trascendencia soberana de Dios y su amor providente en el gobierno del mundo (FR 18a). ¡Esto sólo es exigible a la razón creyente! Entonces surge la pregunta acerca del alcance que puede tener el documento en cuestión.

Una pista de solución está en el hecho de que el deseo mismo de conocer está puesto por Dios en la persona, aunque muchos hombres y mujeres lo nieguen. Pero si eso es así, es de esperar que la persona, puesta sinceramente en la tarea del conocimiento y con una actitud fundamental de apertura a lo que se le vaya manifestando en ese proceso, podrá por lo menos llegar al umbral del encuentro con lo trascendente y desbordante que le sale al paso en la realidad misma.

En otras palabras, a la razón le podemos pedir al menos el presupuesto de que la realidad no es sólo lo objetivo, lo definible en conceptos o lo empírico. La experiencia nos da como dato real que hay una dimensión gratuita, afectiva, inesperada de la realidad misma percibida por un sentido interior, que se suma a los cinco sentidos a través de los cuales se percibe la realidad, para que sea tenida en cuenta en el proceso de conocimiento como experiencia en la que también se apoya. Este, aunque no en los mismos términos, es el aporte que está tras las afirmaciones de la encíclica sobre la definitividad del aporte del conocimiento de fe para conocer a fondo al mundo y al hombre.

Sin embargo, la encíclica es tímida al expresar las consecuencias de la unidad de la verdad, natural y revelada, que se nos manifiesta en la palabra encarnada: Jesucristo (cfr., FR 34). Por ejemplo, sobre el conocimiento peculiar de la fe se dice que cuenta con la ayuda sobrenatural de la gracia. En cambio, sobre el conocimiento filosófico se acota que se mueve a la luz de la *sola inteligencia* (FR 9). ¿Qué significa esto? Pareciera que la gracia, es decir, la acción de Dios, no tuviera nada que hacer allí; que en ese campo no estuviera Él activo, creando al hombre a su imagen y semejanza a través de esa actividad. Si los dos órdenes de conocimiento conducen a la verdad en su plenitud (FR 34), entonces en la «sola inteligencia» no podríamos ver únicamente al hombre «natural» que trabaja por su cuenta mientras llega el momento de la gracia. La unidad de la verdad, natural y revelada, la unidad de Jesucristo, hombre y Dios, nos debe llevar a pensar que en el trabajo filosófico está operando ya la gracia, aunque no haya llegado el momento clave del encuentro con la fe (cfr., FR 17). Una cosa es la gracia que opera en el hombre, y otra la fe que conscientemente la acoge y se afirma en ella.

Lo que queda, pues, es tomar en serio el camino de nuestra historia como la sola oportunidad que tenemos, en forma integral y totalizante, de acceder a la verdad que emerge en todas nuestras actividades. Y no califico éstas de cognitivas

para no correr el riesgo de dejar un sector de nuestra existencia por fuera de lo que nos puede aportar conocimientos. El camino al encuentro de la verdad es el camino de la autoconciencia personal; y en ese sendero toda actividad hecha consciente y conocida pasa a ser parte de la vida personal y social (cfr., FR 1a) y tiene la posibilidad de convertirse en ocasión de encuentros interpersonales reveladores de la verdad que da sentido a la existencia: Dios (cfr., FR 7) quien, en Jesucristo, nos manifiesta la verdad sobre el hombre mismo.